



Capítulo 155

Penia Crysinne vivía envuelta en su propia importancia. Aunque actuaba como una gamberra, mostrando su temperamento a su antojo, eso no significaba que fuera tonta o torpe.

En una palabra, era muy consciente de sí misma.

Penia comprendía bien su propia situación, por lo que la carta de reforma no le supuso un gran problema.

La carta solo era motivo de temor para los nobles involucrados en la vida política, pero no había razón para temer si uno no estaba envuelto en ideologías políticas.

A menos que se cometieran absurdos como la experimentación humana asociada con los herejes.

Además, el Reino de los Santos también se esforzó por no enemistarse fácilmente con la gente de la Torre de los Magos.

Luchar entre ellos no beneficiaría mucho a ninguna de las dos partes.

Por eso, incluso cuando Penia se enteró de que el cardenal Yutia había ido a buscarla por la carta reformista, se mostró indiferente, e incluso esperaba que se le escapara algún desliz cuando se enteró de la visita del cardenal, tal vez para aliviar un poco el estrés acumulado por la carga de trabajo que le había impuesto el marqués Palatio.



Así que miró a Yutia con ojos llenos de rencor, al menos hasta que Yutia entró en la habitación.

Pero.

En el momento en que Yutia entró y miró a Penia con una expresión despreocupada y una profunda sonrisa, Penia no pudo evitar ajustar su postura.

En un instante fugaz, vio algo detrás de Yutia.

No pudo verlo con claridad.

Pero una cosa estaba clara. Era del mismo tipo que «eso».

Lo que el marqués Palatio llevaba a la espalda.

Algo que la gente nunca debe reconocer.

Reconocerlo significaba que uno podía obtener todo en el mundo, pero también significaba tener que sacrificar la propia vida: era un cáliz envenenado.

Sin darse cuenta, Penia comenzó a sudar frío.

«Eso» significaba que la persona que tenía delante no era solo un cardenal, sino algo completamente diferente.

Por lo tanto,



«¿Qué? ¿Cómo? ¿Por qué hay algo así detrás del Cardenal del Reino de los Santos? ¿Por qué?».

Sintiendo miedo y confusión, Penia dijo:

«Lo siento».

«¿Qué?»

De repente, Yutia se disculpó y Penia se quedó mirándola sin comprender nada.

«Como vicemaster de la Torre Azul, pensé que sería difícil conversar sin revelar esto brevemente... No me di cuenta de que te asustaría tanto».

«Sob...».

Tenía hipo.

—No tienes por qué reaccionar así. No estoy aquí para hacer daño al vicemestre de la torre. Solo...

A pesar del estado de Penia, Yutia seguía mostrando una sonrisa tranquila.

Luego se llevó lentamente el dedo índice a los labios y susurró:

«Ya sabes, este es un tema delicado».



«Sí, por supuesto. Soy muy discreto. ¡Sí, mucho...!»

Penia asintió con la cabeza como si estuviera loca.

«Eso está muy bien».

«Sí, sí...».

A diferencia de cuando interrogaba a Felin, Penia, con una sonrisa servil en el rostro, abrió la boca con cautela.

«Pero, ¿puedo saber el motivo de su visita...?»

«Ah, solo he oído algunos rumores interesantes».

«¿Interesantes, dices?».

Ante la pregunta de Penia, Yutia se rió.

«Sí. Hay algunos rumores interesantes sobre nuestro vicemestre de la torre y el marqués Palatio».

«¿Rumores?».

Al oír eso, Penia comprendió inmediatamente a qué se refería Yutia y, al mismo tiempo, su instinto de supervivencia, que había comenzado a dar la alarma, recuperó milagrosamente un recuerdo arrugado que estaba escondido en un rincón de su cerebro.



Concretamente, el rumor de que el marqués Palatio y la cardenal Yutia estaban estrechamente vinculados.

Al darse cuenta de esto, Penia observó atentamente la expresión de Yutia.

Sin duda, estaba sonriendo, pero no realmente.

Puede que su boca esbozara una sonrisa, pero sus ojos eran fríos.

Penia luchó frenéticamente por sobrevivir,

«¡Eso, eso no es cierto en absoluto!».

«¿Ah, sí?»

«¡Sí, sí, por supuesto! ¡Es solo un rumor, por supuesto! ¡Sin duda...!»

«Sin embargo, antes no había negado esos rumores que circulaban...».

«¡No, no! ¡Ahora los he desmentido todos! ¡Recientemente! ¡No habrá más rumores de ese tipo en el futuro, de verdad!».

Penia explicó con sinceridad.

Tanto si su explicación fue eficaz como si no, la sombra en la serena sonrisa de Yutia pareció disiparse gradualmente.



Al ver esto, Penia, dándose cuenta de que su salvavidas se estaba abriendo lentamente, se sintió aún más decidida y continuó con sus palabras.

Sin embargo,

«Yo, yo no siento mucho gusto por el marqués. ¿Verdad? Siempre tiene esa cara inexpresiva, ¿sabes? No me gustan mucho esas personas».

«¿Qué?».

Quizás eso fue demasiado.

«¿Qué?».

«¿Qué acabas de decir?»

El rostro de Yutia, que hasta ese momento había estado sonriendo amablemente, se volvió frío de repente.

Penia puso los ojos en blanco y abrió la boca,

«Ah, eso, eh...».

Penia comenzó a sudar profusamente.

¿Por qué tenía que sufrir tanto por culpa del marqués Palatio?

De repente, sintió una oleada de tristeza que casi le hizo llorar.



Pero al momento siguiente,

«Submaestro de la torre».

«... ¡¿Qué?!»

Penia no pudo evitar sorprenderse.

Hace solo unos instantes, Yutia estaba sentada frente a ella, pero ahora estaba inesperadamente a su lado, colocando suavemente su mano sobre el hombro de Penia.

Penia se quedó paralizada por un momento y quiso gritar, pero logró mantener la boca cerrada y solo soltó unos hipos.

«Está bien mostrar tu inocencia, pero esa afirmación se pasó un poco de la raya, ¿no?».

«Sob...».

«Responde».

«¡Sí... sí...! ¡Lo siento... lo siento...!»

«Esta vez lo dejaré pasar. Pero la próxima vez... ¿sabes?».

Golpe seco.



«Me falta un poco de paciencia».

Pronto, Yutia le susurró al oído con voz escalofriante:

«Muy bien, vicemaster de la torre. Llevémonos bien a partir de ahora».

«... Sí, entendido. Bueno, el marqués Palatio tiene sus... sus aspectos admirables, ja, ja».

Penia respondió con una risa incómoda mientras Yutia se levantaba.

«Pero, ¿eso significa que querías... un cierto tipo de relación con el marqués Palatio?».

El rostro de Yutia volvió a endurecerse, y Penia tuvo que añadir rápidamente algo más a su declaración:

«Ah, no, no es eso, el marqués es guapo, pero no es realmente mi tipo...».

«Entonces, ¿el marqués no es tu tipo?».

-

«No, no es eso, ¡sin duda es un hombre guapo!».

«No es tu tipo, pero te interesa porque es guapo».



«No, no es eso».

Penia se sentía atrapada en un ciclo sin fin, sintiendo una ira y una injusticia indescriptibles.

«¡Esta mujer loca, ¿qué diablos quiere que le diga?!».

Pero como Penia era muy consciente de sí misma y sentía dolorosamente que no podía oponerse al ser que tenía delante,

«Lo siento... Lo siento... Siento estar viva...».

Solo podía inclinar la cabeza.

Era una tarde tranquila.

Tres días después.

[¡Ja, ja, ja! ¡Es mi victoria!]

«Estás loco...».

[¿Miau?]

Mientras Alon cruzaba el desierto, observó a Evan, Basillora y Blackie apostando emocionados desde el asiento del conductor.



«¿A qué demonios están jugando?».

Pronto rebuscó entre sus pertenencias y sacó el guante de Escorpión que había capturado.

Al igual que el artefacto que le había dado a Yutia, estaba sin poder y brillaba con un pálido color blanco.

«... Apóstol».

Apóstol.

Era la primera vez que Alon veía a un apóstol.

Ni siquiera aparecían en los videojuegos.

Pero una cosa era segura: eran poderosos.

«Si Seolrang no hubiera despertado, habríamos sido nosotros quienes habríamos sufrido».

Alon sintió una necesidad aún mayor de profundizar en la investigación mágica.

No solo por la grotesca limpieza, sino porque pronto tendría que prepararse para los apóstoles que empezarían a aparecer.



Juzgando con frialdad, si todos los Apóstoles poseían ese nivel de poder, sería prácticamente imposible para Alon detenerlos.

Si no pudiera detenerlos, los apóstoles acabarían creando a Sin.

Afortunadamente, Alon contaba con gente que le ayudaba en su investigación y ya había pensado en formas de mejorar sus habilidades mágicas.

La única preocupación era la «información» sobre el Apóstol.

«... No se sabe nada sobre ellos».

Desafortunadamente, nadie sabía nada sobre el apóstol.

Ni preguntarle a Rine ni a los dragones que había visitado durante su estancia en la colonia le proporcionó información diferente.

Lo único que había averiguado era que alguien que hubiera sobrevivido a la guerra podría saber algo.

Así,

«... Kylrus»

Alon recordó ese nombre una vez más.

Para el Dragón Dorado, él era un mago,



pero ahora había aparecido como un dios exterior duende.

«Una vez que consiga ese objeto que sigue a Eliban, debería ir a verlo de inmediato».

Además de saber cómo usar al Dragón de la Oscuridad, había otra razón para reunirme con Kylrus.

Mientras organizaba sus pensamientos,

«Marqués».

Alon giró la cabeza al oír la voz de Evan.

«¿Qué pasa?».

«Me di cuenta de que no te había dado esto».

Evan sacó una botella de vidrio de su pecho y se la entregó.

«¿Qué es esto?».

preguntó al recibir la botella llena de polvo negro.

«Por lo que he oído, ¿es el polvo del cadáver del apóstol?».

«¿Qué?».



«¿Fue la secretaria de Seolrang...? Esa persona lo había dado».

Tras la explicación,

«¿Por qué querría esto?».

Alon miró desconcertado el polvo finamente dividido (?) del Apóstol.

En la parte más meridional del continente, en un denso bosque tocado por las manos de los elfos en lugar de por las de los humanos, se encontraba la tierra sagrada.

En lo profundo de lo que los elfos llamaban Greynifra, se encontraba el reino élfico de Fildagreen.

El país de ensueño de los elfos construido alrededor del Árbol del Mundo.

Y en el enorme palacio justo debajo del Árbol del Mundo, en el centro de ese reino,

«¿Encontraste la bendición de Raguerine?».

«Sí, Majestad».



Un hombre, o más bien, Perion, que había abandonado su disfraz humano, inclinó la cabeza e informó a la reina.

«No creía que fuera posible, pero has hecho algo realmente grandioso, Perion».

La reina elfa Magrina, con voz entre sorprendida y orgullosa, y su brillante cabello rubio platino cayéndole hasta la cintura, lo elogió.

Perion se inclinó aún más y continuó:

«Gracias, Majestad. Sin embargo, hay algo que debo decirle».

«¿Qué es?».

«Por la bendición de Raguerine, no fui yo quien lo encontró».

«¿No fuiste tú, Perion?».

«Sí. Es que...».

Asintiendo con cuidado, Perion comenzó a relatar los acontecimientos que habían tenido lugar en Lartania, y mientras Magrina escuchaba las palabras de Perion durante un rato,

«Entonces, este marqués Palatio no solo reconoció al instante tu identidad, sino que también te informó de la ubicación de la bendición de Raguerine... ¿es eso lo que estás diciendo?».



«Sí».

«La habitación con la bendición de Raguerine se hizo como el escondite de Fagade...».

«Nadie más había entrado allí excepto yo. Y, como he mencionado, había un mensaje escrito en su interior».

«Espero que le llegue bien a mi hermano», ¿no era así?

«Sí».

Magrina miró la bendición que le había traído Perion con expresión incrédula y se quedó en silencio durante un momento.

Su voz comenzó a temblar ligeramente.

«Entonces, Perion, ¿estás sugiriendo que este marqués Palatio podría ser el antiguo elfo, mi hermano mayor?».

«No puedo estar seguro, por supuesto. Pero teniendo en cuenta que fácilmente discernió que yo era parte de Fagade y me llevó a la bendición de Raguerine, debe haber sido él».

Magrina volvió a quedarse sin palabras.

Porque el razonamiento de Perion tenía sentido.

Sin embargo, no podía juzgar al marqués basándose únicamente en este hecho.



Originalmente, como Magrina sabía, la antigua elfa y su hermano habían muerto hacía cientos de años.

Sabía bien que los muertos no regresan.

En medio del silencio continuo,

«Lo comprobaré discretamente y volveré».

Al girarse hacia la voz, vio a un elfo envuelto en una túnica de mago: Philde, el mago personal de Magrina.

«¿Es posible confirmar eso?».

«No faltan métodos. Como sabes, mis ojos son un poco especiales».

«Ah».

Magrina dejó escapar un grito ahogado sin darse cuenta.

Philde poseía los Ojos Espirituales, capaces de ver las almas.

Si era así, confirmar la identidad del marqués Palatio sería una tarea fácil.

«Entonces, proceda, por favor».



—Entendido. Iré con Perion.

Tan pronto como se decidió su tarea, Philde y Perion se despidieron rápidamente y se marcharon.

Mirando las espaldas de los dos elfos,

«Si mi hermano realmente está vivo...».

Apretó el puño.

Sabía que era lógicamente absurdo.

Sin embargo, en sus ojos brillaba una luz inconfundible de sutil esperanza.